

De cómo Gargantúa construyó para el monje la abadía de Telema<sup>1</sup>

Sólo el monje, a quien Gargantúa quería hacer abad de Seuilly, quedaba por dotar, mas aquél no aceptó. Quiso darle la abadía de Bourgueil o la de Saint-Florent, la que más le conviniese, o las dos juntas si eran de su agrado; mas el monje respondióle perentoriamente que no quería ni cargar con monjes ni gobernarlos, pues decía:

—¿Cómo podría gobernar a otros yo, que a mí mismo sería incapaz de gobernar? Si os parece que os haya prestado o que os pueda prestar en el futuro algún servicio de vuestro agrado, concededme la fundación de una abadía hecha a mi idea.

La petición agradó a Gargantúa, que le ofreció todas sus tierras de Telema hasta el río Loira, a dos leguas del gran bosque de Port-Huault. Y demandó entonces el

<sup>1</sup> 'Voluntad', 'deseo'.

monje a Gargantúa que crease una regla al revés de todas las demás.

—Entonces, en primer lugar —dijo Gargantúa—, ya no será menester circundarla de murallas todo alrededor, pues todas las demás abadías están altaneramente muradas.

—Cierto —dijo el monje—, y no es sin causa: donde hay muro delante y detrás, hay fuerte murmuración, envidia y conspiración mutua.

Además, visto que en ciertos conventos de este mundo hay el uso de limpiar el lugar por donde pasa una mujer, cuando entra alguna (refiérome a las decentes y púdicas), ordenaron que, si algún religioso o religiosa entrase en su abadía por acaso fortuito, limpiarían curiosamente todos los lugares por donde hubiese pasado. Y, porque en las casas de religión de este mundo todo está acompasado, limitado y regulado por horas, decretaron que allí no habría ni reloj ni cuadrante alguno y que todos sus trabajos podrían ser dispensados conforme a la ocasión y a la oportunidad, pues decía Gargantúa que la mayor pérdida de tiempo que conocía era contar las horas —¿qué se gana en ello?— y el más grande desvarío del mundo consistía en regirse por el tañido de una campana, y no por el dictado del sentido común y del entendimiento.

Item, porque en aquel tiempo sólo metían en los conventos a las mujeres que eran tuertas, cojas, chepudas, feas, contrahechas, tontas, sandias, hechizadas y deficientes, y sólo a los hombres que eran achacosos, tarados de nacimiento, bobos y demás estorbos de una casa.

—Hablando de mujeres —intervino el monje—, no siendo hermosas ni buenas, decidme ¿para qué vale el tal percal?

—Para meter en un convento —contestó Gargantúa.

—Cierto—dijo el monje—, y para hacer camisas<sup>2</sup>.

Fue estatuido que allí no se recibiría sino a las hermosas, a las de buena figura, a las agraciadas por Natura; a los hermosos, a los de buena figura, a los agraciados por Natura.

Item, porque en los conventos de mujeres no entraban los hombres sino a hurtadillas y clandestinamente, fue decretado que allí no habría mujeres en el caso de que no hubiese hombres, ni hombres en el caso de que allí no hubiese mujeres.

Item, porque tanto hombres como mujeres, una vez admitidos en un convento, después del año de prueba eran forzados y obligados a permanecer allí perpetuamente durante toda su vida, fue establecido que tanto los hombres como las mujeres allí admitidos saldrían, cuando bien les pareciese, con entera libertad.

Item, porque ordinariamente los religiosos hacían tres votos; a saber: los de castidad, pobreza y obediencia, fue constituido que allí se podría estar casado honorablemente, que todos serían ricos y que vivirían en libertad.

En lo referido a la edad legítima, las mujeres eran admitidas desde los diez hasta los quince años, los hombres desde los doce hasta los dieciocho.

<sup>2</sup> El juego de palabras en que se basa la adivinanza de fray Juan viene de la doble lectura, doble segmentación e interpretación de *à quoi vaut toile?* que Gargantúa interpreta *à quoi vaut-elle?* y fray Juan tal como está escrito en el texto. En la época la pronunciación de OI había evolucionado hacia le E abierta, pero lo más frecuente era pronunciar UE. La vacilación ha llegado a plasmarse en dos palabras distintas con un origen común: *Français*, 'francés' y *François*, 'Francisco'; o a dos resultados divergentes de un mismo sufijo romance: *Damois*, 'dancés' pero *Anglais*, 'inglés'. Mi traducción libre peca de emplear *percal*, palabra tomada muy tardíamente del francés que a su vez lo tomó de alguna lengua de la India, pero es la única que se me ocurre para mantener la solución a la adivinanza del monje.

## De cómo fue construida y dotada la abadía de los telemitas

Para la edificación y surtido de la abadía, Gargantúa mandó entregar dos millones setecientos mil ochocientos treinta y un carneros de buena lana<sup>1</sup>, y para cada año, hasta que todo fuese acabado, asignó, sobre el portazgo de la Dive, un millón seiscientos nueve mil escudos de los que llevan un sol, con otros tantos de los de la estrella pollera<sup>2</sup>. Para su fundación y mantenimiento dio dos millones trescientos sesenta y nueve mil cinco cientos catorce nobles de los de la rosa<sup>3</sup> en rentas de bienes raíces, reembolsables, amortizables y pagaderos cada año a la puerta de la abadía. Y de todo ello pasóles los pertinentes instrumentos por escrito.

<sup>1</sup> Monedas de oro conocidas como *agnus dei* por la figura de su reverso. Valían unos 16 francos.

<sup>2</sup> Moneda imaginaria que llevaría acuñada la constelación de las Pléyades, conocida como *toile poussinière* por su apariencia de gallina con pollitos.

<sup>3</sup> Moneda acuñada en tiempos de Eduardo II de Inglaterra que llevaba la rosa de los York.

El edificio tenía forma hexagonal, de tal modo que en cada ángulo se levantaba una gran torre circular de unos sesenta pasos de diámetro, y eran todas ellas parejas en tamaño y hechura. El río Loira corría a sus pies por la cara septentrional. Al borde del mismo río asentábase una de las torres, llamada Artica, tirando hacia el oriente había otra, llamada Calær<sup>4</sup>, la siguiente era Anatolia<sup>5</sup>, después venía Mesembrina<sup>6</sup>, la otra era la torre Hesperia<sup>7</sup> y la última Crieria<sup>8</sup>. Entre cada torre había una distancia de trescientos doce pasos. Todo el edificio tenía siete pisos, contando como primero los sótanos bajo tierra. El segundo era abovedado en forma de asa de cesto<sup>9</sup>; los restantes eran estucados con yeserías de Flandes en forma de culo de lámpara; la techumbre estaba cubierta de pizarra fina, precintada de plomo con figurillas de angelotes y animales muy bien labrados y dorados; los canalones, que sobresalían de la pared entre los ventanales, pintados con fajas diagonales de oro y azur hasta el suelo, donde acababan en grandes canaletas que desembocaban todas en el río, pasando por debajo de la casa.

El susodicho edificio era cien veces más magnífico que Bonivet, Chambord o Chantilly, pues había en él trescientos treinta y dos cuartos, cada uno con su recámara, su excusado, ropero y capilla y su salida a una gran sala. Entre cada torre, en medio del mentado cuerpo del edificio, había una escalera partida<sup>10</sup> de caracol cuyos pasos eran parte de pórfiro, parte de piedra numídica,

<sup>4</sup> Literalmente es 'Hermoso aire', pero en español diríamos 'Buen aire'. Es bastante irónico llamar así al nordeste...

<sup>5</sup> Oriental.

<sup>6</sup> Meridional.

<sup>7</sup> Occidental.

<sup>8</sup> Glacial.

<sup>9</sup> Es decir, con bóvedas montadas sobre arcos de medio punto.

<sup>10</sup> Es decir, con descansillos y salida a cada piso.

parte de mármol serpentino, con un largo de xxij pies; su espesor era de tres dedos y entre cada descansillo asentábase doce escalones. En cada rellano había dos hermosos arquillos a la antigua por los que entraba la claridad y por ellos accedíase a un balconcillo del ancho del caracol. Y subía hasta encima de la cubierta, rematando allí en forma de pabellón. El caracol de cada lado daba a una gran sala, y las salas daban a las habitaciones.

Desde la torre Artica hasta la Crieria estaban las hermosas y grandes librerías<sup>11</sup> en griego, latín, hebreo, francés, toscano y español, repartidas por pisos según las lenguas.

En el medio había una escalera de caracol extraordinaria, cuya entrada era desde afuera del edificio por un arco de seis toesas de ancho. Su simetría y capacidad era tal que seis hombres armados, con la lanza en ristre sobre la cadera, podían subir juntos haciendo un frente hasta la cima de todo el edificio.

Desde la torre Anatolia hasta la Mesembrina había unas hermosas y grandes galerías pintadas con las antiguas hazañas, diversas historias y descripciones de la tierra. En el medio había una subida y una puerta semejantes a las ya descritas del lado del río. Sobre aquella puerta había escrito, en gruesas letras antiguas, lo que sigue:

<sup>11</sup> La biblioteca.

Inscripción de la puerta principal  
de Telema<sup>1</sup>

Aquí no entréis, hipócritas mojigatos,  
Viejos meapilas, sopistas cebados,  
Fisgones muy más catetos que los godos  
O los ostrogodos, ancestros de los macacos;  
Miserables beatos, empantuflados gazmoños,  
Fingidos pordioseros, disolutos fraycoños,  
Burlados vanidosos, enredadores de gatuperios,  
Vuestros engaños id a vender a otros monasterios.

Vuestros malvados engaños  
Saturarían mis campos

<sup>1</sup> Este capítulo está escrito en estrofas alternas de ocho y seis versos decasílabos y pentasílabos, respectivamente. He procurado atenerme más a la literalidad del texto que a la necesidad de la rima o la asonancia, que son los únicos elementos sonoros que he mantenido en mi traducción. La dificultad de una versión rimada sería enorme, dada la proliferación de rimas caras, rimas internas y multisonancias, que tiende a veces al verso holotrimo y alcanza el virtuosismo del homógrafo: *Or donni par doni* / *Ordonna pordon*.

Con su maldad.  
Por falsedad  
Perturbarían mis cantos  
Vuestros malvados engaños.

Aquí no entréis, insaciables escribanos,  
Pasantes, picapleitos, del pueblo gorreros,  
Oficiales, escribas y publicanos,  
Malos jueces, que a los buenos parroquianos  
A la picota mandáis así como a perros.  
Vuestro salario reclamad en el ahorcadero;  
Aquí no se consiente ningún exceso  
De los que en vuestras salas llevan a proceso.

Pleitos y querellas  
Aquí no hacen fiesta,  
Pues se viene a festejar.  
Para poderos querellar  
Dios os dé a plenas cestas  
Pleitos y querellas.

Aquí no entréis vos, usureros avaros,  
Insaciables tragones que no paráis de hacer montón,  
Arañagatos, transidos de frío y desharapados,  
Encorvados, chungos, que en vuestro arcón  
No tendríais bastante con mil marcos;  
No estáis, cuando apiláis, nada enojados,  
Y amontonáis, poltrones de la faz avara;  
Mala muerte en el trance os parta.

Con esa faz inhumana,  
Gente así que se vaya  
A otra parte a rapar,  
Aquí no puede encajar.  
Dejad libre esta morada,  
Con esa faz inhumana.

Aquí no entréis vos, chochos vejestorios,  
 Ni de noche ni de día, avinagrados celosos;  
 Ni vos tampoco, levantiscos, sediciosos,  
 Griegos o latinos, más temibles que el lobo,  
 Ni vos, archisifiliticos y sarnosos.  
 Llevad lejos a pacer en paz vuestros chancros,  
 Costrosos, de deshonra llenos y plagados.

Honra, prez y solaz  
 Aquí vamos a lograr  
 Por feliz acuerdo;  
 Todos son sanos de cuerpo,  
 Por eso les puedo cantar  
 Honra, prez y solaz.

Entrad aquí, vos, y sed los bienvenidos  
 Y llegados, vos los nobles caballeros.  
 Este es el lugar donde son bien recibidos  
 Los beneficios, para que mantenidos  
 Seáis todos, ricos y pobres, a millares.  
 Seréis mis privados y mis familiares,  
 Los pimpantes, galantes, alegres, lindos y bellos,  
 En general, vos todos, los nobles compañeros.

Compañeros gentiles,  
 Serenos y sutiles,  
 Sin ninguna ruindad,  
 De civilidad  
 Aquí están los utiles<sup>2</sup>,  
 Compañeros gentiles.

Entrad aquí, vos, que los Santos Evangelios  
 En su recto sentido anunciáis, aunque murmuren.

<sup>2</sup> No acentúo para mantener la rima.

Aquí tendréis vuestro refugio y plaza fuerte  
 Contra el hostil error que, con denuedo,  
 Envenena el mundo de modo traicionero.  
 Entrad, y que la fe profunda aquí se funde,  
 Para confundir, de viva voz y por escrito,  
 De la Santa Palabra a los enemigos.

La Santa Palabra  
 Nunca se extinga  
 En esta casa santa;  
 Que todos la ciñan,  
 Que fecunde a las damas  
 La Santa Palabra.

Entrad aquí, vos, dueñas de alto linaje,  
 Entrad aquí felices y por libre voluntad,  
 Flores de belleza de celeste faz,  
 De busto firme, de modesto talante.  
 La Morada del Honor<sup>3</sup> está en este paraje.  
 El altísimo señor que dio el lugar  
 Como galardón, para vos lo ha ordenado  
 Y, para facilitarlo todo, mucho oro ha dado.

Oro dado en don  
 Ordena perdón  
 Para quien lo dona;  
 Y muy bien galardona  
 A mortal Señor Don  
 Oro dado en don.

<sup>3</sup> «Le Séjour d'Honneur» es el título de un largo poema del poeta Octavien de Saint-Gelais. Es el tipo de poeta que Rabelais tiene como modelo en la mayor parte de sus versos.

En medio del patio claustral había una magnífica fuente de muy hermoso alabastro y, sobre ella, estaban las tres gracias con cuernos de la abundancia, derramando agua por tetas, boca, orejas, ojos y demás orificios del cuerpo.

El corredor cubierto del dicho patio estaba flanqueado por gruesos pilares de calcedonia y pórfiro, con bellas arcadas antiguas, y en su interior los hermosos corredores, largos y amplios, ornados con pinturas, cornamentas de ciervo, unicornios, rinocerontes, hipopótamos, colmillos de elefante y otras cosas espectaculares.

El ala de las dueñas comprendía desde la torre Artica hasta la puerta Mesembrina. Los hombres ocupaban el resto. Ante la mentada ala de las dueñas, para su diversión, entre las dos primeras torres, por afuera, estaban las lizas, el hipódromo, el teatro y las albercas, con sus miríficos baños en triple escalón, bien surtidos de todo lo necesario y con abundante agua de mirto.

Al borde del río estaba el jardín de recreo, con un laberinto en el medio. Entre las otras dos torres estaban el frontón y el campo de pelota. Del lado de la torre Crieria estaba el huerto, lleno de toda clase de árboles frutales, dispuestos todos en orden de tresbolillo. Al final había un gran coto abundante en silvícolas.

Entre las terceras torres estaban los campos de tiro para el arcabuz, el arco y la ballesta. La armería fuera de la torre Hesperia, en un edificio de planta baja. Las caballerizas más allá de la armería. La halconera delante de éstas, al cuidado de cetreros muy expertos en su arte, y era surtida anualmente por los cretenses, los venecianos y los sármatas de toda suerte de aves sin parangón: águilas, gerifaltes, azores, sacres, alcotanes, halcones, gavilanes, esmerejones y demás, tan perfectamente acostumbrados y domésticos que, con sólo salir del castillo para holgarse por los campos, atrapaban todo lo que se encontraban. La perrera estaba un poco más lejos, tirando hacia el coto.

Todas las salas, cuartos y gabinetes eran tapizados de diversas formas, según la estación del año. Todo el piso estaba cubierto con un paño verde. Las camas tenían cortinajes bordados. En cada recámara había un espejo cristalino encuadrado en oro fino, ornado con perlas alrededor, siendo de tal tamaño que podía reflejar a una persona entera. A la salida de las salas del ala de las dueñas estaban los perfumeros y peluqueros, por cuyas manos pasaban los hombres cuando iban a visitarlas. Ellos surtían cada mañana los cuartos de las dueñas con agua de rosas, agua de azahar, agua de ángel, y a cada una de ellas con su precioso brasero vaporizador de toda suerte de drogas aromáticas.

Las dueñas, en los primeros tiempos de la fundación, vestíanse a su gusto y según su albedrío. Reformáronse después por su libre deseo de la manera que sigue:

Llevaban calcetas de escarlata o de grana, pasando las susodichas por encima de la rodilla tres dedos justos, acabadas con hermosos bordados y calados. Los ligüeros eran del color de las ligas y apretaban las rodillas por encima y por debajo. Los zapatos, escarpines y chinelas eran de terciopelo carmesí, rojo o violeta, cortados en barba de cangrejo.

Sobre la camisa vestían una hermosa basquiña de un buen camelote de seda. Sobre ella llevaban un vertugado de tafetán blanco, rojo, castaño, gris, etc., y encima la cota de tafetán plateado, con bordados de oro fino y fruncidos o, según su parecer o de acuerdo con el aire que soplara, de raso, damasco, terciopelo, naranja, castaño, verde, ceniza, azul, amarillo claro, rojo, carmesí, blanco, de paño de oro, tela de plata, de cañutillo, de bordado o según la festividad.

Sus garnachas, según la estación, eran de tela de oro con rizado de plata, de raso rojo cubierto de cañutillo de oro, de tafetán blanco, azul, negro, castaño, de sarga de seda, camelote de seda, terciopelo, paño de plata, tela de plata, hilo de oro, terciopelo o raso con deshilachados de oro, haciendo distintos dibujos.

En verano, algunos días, en lugar de garnachas, llevaban un corto manto, con los antedichos adornos, o uno de manga corta a la morisca, en terciopelo violeta con rizado de oro sobre cañutillo de plata o con cordoncillos de oro alhajados al azar con perlititas índicas. Y siempre con hermosos penachos, combinados con el color de los manguitos y ornados con colgantillos de oro. En invierno, garnachas de tafetán de los colores susodichos, forrados de lobo cervical, jinetas negras, martas de Calabria, martas cibelinas y demás pieles preciosas.

Los rosarios, anillos, cadenas a la jacerina, y collares eran de finas pedrerías: carbunclos, rubíes, balajas, diamantes, zafiros, esmeraldas, turquesas, granates, ágatas, berilos, perlas y uniones de la calidad más excelente.

Tocábanse según la estación a la moda francesa, en invierno; a la española, en primavera; a la toscana, en estío, salvo los días de fiesta y los domingos, en los cuales llevaban tocados a la francesa, por ser más honorables y sentar mejor al pudor matronal.

Los hombres vestíanse a su manera: medias de estameña o de paño de sarga, de escarlata, de grana, blancas o negras; las calzas eran de terciopelo de los referidos o parecidos colores, bordadas y cortadas según su invención; el jubón, de paño de oro, tela de oro, paño de plata, de terciopelo, raso, damasco, tafetán, de los mismos colores, cortados, bordados y engalanados incomparablemente; las agujetas, de seda de los mismos colores; los herretes, de oro esmaltado; los sayos y toguillas, de paño de oro, tela de oro, paño de plata, terciopelo

con flecos de azar; los mantos, tan preciosos como los de las dueñas; los cintos de seda, del color de los jubones; cada uno con su hermosa espada al cinto, el puño dorado, la vaina de terciopelo del color de las calzas y la puntera de oro y orfebrería; el puñal, igual; el gorro de terciopelo negro, engalanado con sortijas y botoncillos de oro, con una pluma blanca en la cima, lindamente partida por oropeles de los que pendían colgantillos de hermosos rubíes, esmeraldas, etc.

Y existía tal simpatía entre los hombres y las mujeres que se vestían todos los días con parejos atavíos, por lo que, para evitar desarmonías, había varios nobles caballeros encargados de decir a los hombres cada mañana cuál iba a ser la librea que las dueñas querían llevar aquel día, ya que todo era hecho según su albedrío.

No penséis que perdían el tiempo con sus tan pulcros vestidos ni con sus tan ricos atavíos, pues los mozos de la guardarropía tenían tan prestos los vestidos cada mañana, y las camareras eran tan bien dispuestas y enseñadas que, en un momento, las dueñas estaban preparadas y vestidas de pies a cabeza. Y, para tener mejor dispuestos sus atavíos, cerca del bosque de Telema había un gran casar, de una media legua de largo, muy claro y bien abasto, en el cual estaban los orfebres, lapidarios, bordadores, sastres, tejedores de oro, terciopeleros, tapiceros y oficiales de lizos altos. Allí trabajaban cada uno en su oficio, y todo para los susodichos religiosos y religiosas. Eran surtidos de materias y paños por medio del señor Nausicleto, el cual cada año enviábales siete naos de las islas de Perlas y Caníbales, cargadas de lingotes de oro, de seda en crudo, de perlas y pedrerías. Si algunas uniones pérsicas tendían a vetustez y perdían su original blancura, renovábanlas mediante sus artes, dándoselas a comer a unos hermosos gallos, del mismo modo que se purgan los halcones.

## De cómo regulaban los telemitas su modo de vida

Toda su vida estaba gobernada no por leyes, estatutos o reglas, sino a su voluntad y franco albedrío. Erguíanse del lecho cuando bien les parecía, bebían, comían, laboraban y dormían cuando en gana les venía. Nadie los despertaba, nadie los forzaba ni a beber, ni a comer, ni a hacer ninguna otra cosa. Habíalo establecido así Gargantúa. En su regla sólo había esta cláusula:

HAZ LO QUE QUIERAS,

porque las personas libres, bien nacidas, bien instruidas y que frecuentan honradas compañías tienen por naturaleza un instinto y aguijón que siempre las empuja a hechos virtuosos y los retira del vicio. A eso, ellos llaman honra. Las gentes de su misma condición, cuando por sometimiento y servil obligación son oprimidos y avasallados, olvidanse de sus nobles afectos por los que libremente tendían a la virtud, para derribar y romper el



yugo de servidumbre; pues todos nosotros tenemos inclinación a lo prohibido y deseamos lo que nos es negado.

Mediante esta libertad, todos ellos dieron en emularse para conseguir, incluso, lo que veían que sólo a uno de ellos agradaba. Si alguno decía: «Bebamos»; todos bebían; si decía: «Vamos a holgarnos al campo», iban todos. Si era cosa de cetrería o de caza, las dueñas, montadas en sus bonitas jacas, con sus gallardos palafreneros, llevaban todas y cada una, en su puño lindamente enguantado, un gavilán, un alcotán o un esmerejón; y los hombres llevaban el resto de las aves.

Eran tan nobles y bien criados que, entre ellos, no había ni uno ni una que no supiese leer, escribir, cantar, tocar instrumentos musicales, hablar cinco o seis lenguas y componer en ellas cármenes y discursos en prosa. Nunca caballeros fueron vistos tan valientes, tan gallardos, tan diestros a pie ni a caballo, ni más ágiles, más rápidos, más hábiles con cualquier estoque que los que allí estaban; ni nunca fueron vistas dueñas tan pulcras, tan lindas, menos engorrosas, más doctas en asuntos manuales, de aguja o de cualquier acto femenino honrado y libre, como los y las que allí profesaban.

Por esta razón, cuando llegaba el momento en que alguno de los de aquella abadía, sea a demanda de sus padres sea por cualquier otra causa, quería salirse fuera, llevábase consigo a una de las dueñas, que lo hubiese tomado por su fiel devoto, y casábanlos. Y, si bien ya habían vivido en Telema en devoción y amistad, aún mejor lo hacían de casados: amábanse tanto el último de sus días como el primero de sus sponsoales.

No quiero olvidarme de describiros un enigma que fue hallado en los cimientos de la abadía, escrito en una gran placa de bronce. Era tal como sigue:

Pobres humanos que la dicha esperáis,  
Levantad los corazones mientras me escucháis.  
Si está permitido creer con certeza  
Que por los cuerpos de la celeste esfera,  
El espíritu humano por sí pueda llegar  
A las cosas futuras pronosticar  
O, si es posible, por divino poder,  
La suerte futura llegar a conocer,  
Hasta el punto de dar, en seguro discurso,  
De los años lejanos el destino y el curso,  
Hago saber a quien me quiera oír  
Que el próximo invierno, sin más diferir,  
Incluso antes, aquí a este lugar,  
Tal tipo de hombres veremos llegar  
Hartos del reposo y de la quietud  
Decididamente ir, del día a plena luz,  
Retar de toda calidad a gentes  
A partidos y bandos diferentes.

Y quien los quiera creer y escuchar  
(Por muy caro que resulte o pueda costar),  
Lograrán poner en querella aparente  
A amigos entre ellos, a primos y parientes;  
No tendrá por vergüenza el hijo ardido  
El enfrentarse contra su padre mismo;  
Incluso los grandes, de noble solar,  
Se verán por sus vasallos asaltar;  
Y la obligación de hacer reverencia  
Perderá entonces rango y diferencia,  
Pues dirán que cada uno, a su vez,  
Tendrá que ir alto y bajo volver.  
Y sobre este punto ha de haber tal lidia,  
Tantas discordias, idas y venidas,  
Que ninguna historia, ni de las más señaladas,  
Nunca ha relatado emociones aproximadas.  
Veremos entonces a gentes de valor,  
Espoleadas por mocedad y calor,  
Seguir ciegamente este ardoroso apetito,  
Morir en flor y vivir bien poquito.  
Y ya nadie podrá dejar esta labor,  
Si alguna vez pone en ella el corazón,  
Sin haber llenado con disputas y peleas  
De ruidos el cielo y de pasos la tierra.  
Entonces tendrán no menor autoridad  
Hombres sin fe que gentes de verdad;  
Pues todos seguirán el credo y la enseñanza  
De la multitud necia y llena de ignorancia,  
Por ende será hecho juez el más bruto.  
¡Oh, devastador y terrible diluvio!  
¿Diluvio digo? Y no es sin razón,  
Pues este trabajo no pasará de sazón  
Ni de él se verá libre la tierra,  
Hasta que broten con toda presteza  
Aguas por las que los más atemperados

Combatientes serán atrapados y empapados.  
Y con razón, pues su corazón ya ducho,  
En estos combates no perdonará punto  
Ni a los rebaños de los inocentes animales,  
Pues de sus nervios y tripas culares  
Hará, no a los dioses sacrificio,  
Sino a los mortales ordinario servicio.  
Ahora pues os dejaré yo pensar  
Cómo todo esto se puede dispensar  
Y qué reposo en batalla tan honda  
Tendrá el cuerpo de la máquina redonda.  
Los más felices, los que más de ella lograrán,  
De perderla y de gastarla se abstendrán  
Y tratarán en más de una manera  
De esclavizarla y meterla prisionera  
En tal lugar que la pobre desbaratada  
Sólo recurra al que la tiene ganada.  
Y, para empeorar su triste accidente,  
El claro sol, antes de llegar a occidente,  
Expandirá sobre ella mayor oscuridad  
Que si fuese eclipse o noche natural,  
Con que de golpe perderá su libertad  
Y del alto cielo el favor, la claridad,  
O por lo menos desierta quedará;  
Mas antes de esta ruina y quiebra habrá  
Demostrado largo tiempo de sensible modo  
Un tan violento y tan grande terremoto  
Que el Etna no fue tan agitado,  
Cuando sobre un hijo de Titán fue echado.  
Y por más brusco no debe ser tenido  
El movimiento que Inarimé hizo,  
Cuando Tifoeo tanto se despechó  
Que al mar la montaña precipitó.  
Así será reducida en poco tiempo  
A triste estado y mudada tan presto

Que, incluso los que la hayan tenido,  
 La dejarán a los sobrevenidos.  
 Entonces estará cerca el tiempo propicio  
 Para poner fin a este largo ejercicio,  
 Pues las grandes aguas de que oís hablar  
 A cada cual harán en la retirada pensar.  
 Y todavía, antes de la partida  
 Se verá en el aire de forma nítida  
 El tórrido calor de una llama presa  
 Para poner fin a las aguas y a la empresa.  
 Sólo resta, tras estos accidentes perfectos,  
 Que los elegidos felizmente sean repuestos  
 Con toda suerte de bienes y maná celestial  
 Y, además, con la recompensa señorial  
 Sean enriquecidos. Los restantes al fin  
 Serán desnudos. Esta es la razón y su fin  
 Que, en este punto el trabajo terminado,  
 Cada uno haya su suerte predestinado.  
 Esto es lo acordado. ¡Cuánto es de reverenciar  
 Aqueste que al fin podrá perseverar!<sup>1</sup>

Acabada la lectura de este monumental y antiguo testimonio, Gargantúa suspiró profundamente, diciendo a los presentes:

—No es cosa de ahora la persecución de las personas convencidas de sus creencias evangélicas; y, bienaventu-

<sup>1</sup> Poema de Mellin de Saint-Gelais, ligeramente retocado al principio y al final por el propio Rabelais para adaptarlo a sus fines. El enigma es uno de los tipos característicos de esa poesía rebuscada e incluso extraña que cultivaron los Grands Rhetoriqueurs, de los que tanto gustaba un cierto Rabelais, más dado a la pedantería que a la efusión lírica. Se trata de una larga y, a veces, aparatosa alegoría en la que la apariencia seria y el tono grave sirven para describir lo más ordinario. La traducción es bastante pedestre, porque tanta hueca pedantería se vuelve agua de borrajas al darle una versión, sea al francés moderno sea a otra lengua.

rado quien nunca se escandalice y quien siempre tenga por meta y blanco el que Dios y su Hijo querido nos ha prefijado, sin dejarse arrastrar ni distraer por sus afectos carnales.

Dijo el monje:

—¿Qué creéis, a vuestro entender, que quiere decir y significa este enigma?

—¿Cómo? —dijo Gargantúa—, es la explicación y acatamiento de la verdad divina.

—¡Por Santo Tomé de Caríena!<sup>2</sup> —dijo el monje—. Esa no es mi explicación, pues el estilo es el de Merlín el Profeta. Dadle alegorías y entendimientos tan graves como queráis y desvariad con ellas, vos y todos los demás, tanto como queráis. Por mi parte, yo no creo que haya en ello encerrado significación ninguna, de no ser un partido de frontón mediante palabras encubiertas y oscuras. Los sobornadores son los que preparan los partidos, que de ordinario son amigos y, después de los dos saques, sale uno y entra el otro. La gente da crédito al primero que dice si la pelota pasa por encima o por debajo de la cuerda. El agua es el sudor. Las cuerdas de las raquetas están hechas de tripas de carnero o de cabra. La máquina redonda es la bola. Después del partido repónese uno frente a una hoguera, clara y sin humo, múdase la camisa y festéjase con un banquete, pero son los que han ganado los más gozosos. ¡Y buen yantar!

<sup>2</sup> Este santo me lo invento como patrón de los borrachos. En el original es un *Saint Goderan*, santo local de Maillezaiz, abadía ya citada en la que Rabelais permaneció algún tiempo con Estissac, y que se presta al juego de palabras *godet + grand*, 'gran vaso'.